

## INTRODUCCIÓN

Esta primera parte está dedicada a exponer las características epistemológicas y metodológicas del análisis económico. La *epistemología* trata sobre la naturaleza y la validez del conocimiento, en tanto que la *metodología* se refiere a las formas de obtener ese conocimiento, de modo que cuando se aborda «el problema del método» en una disciplina académica se está vinculando ambos términos para examinar el código de procedimientos mediante el que desarrolla su conocimiento.]

El debate epistemológico en torno a la actividad científica quedó abierto en los orígenes de la ciencia moderna en los siglos XVI y XVII. Desde entonces existe una relación conflictiva entre el conocimiento aportado por las disciplinas científicas y las codificaciones filosóficas elaboradas a propósito de las normas canónicas que deben garantizar la solvencia de ese conocimiento. Lejos de haber quedado zanjado, ese debate ha seguido reproduciéndose en el transcurso del tiempo, tanto en los diferentes ámbitos de las ciencias de la naturaleza como en las disciplinas que se ocupan del análisis de la sociedad.

En el campo de la economía, desde que surgió la Economía Política ha estado planteado el debate en torno a las características del conocimiento económico. El pensamiento marginalista, convertido desde finales del siglo XIX en el discurso académico mayoritario, fue elaborado a través de unos determinados postulados epistemológicos de carácter deductivo. Al cabo del tiempo, alteró esos postulados enunciando otros de carácter positivista, pero sin modificar en absoluto el contenido de su discurso. Sin embargo, las propuestas teóricas que sustentan esa tradición del pensamiento económico siguieron formulándose sin respaldo empírico y manteniendo un escaso diálogo con la realidad de los fenómenos económicos.]

Otras tradiciones del pensamiento económico han elaborado sus propuestas desde presupuestos epistemológicos distintos, pero parece evidente que tampoco han resuelto de manera convincente las principales dificultades metodológicas que se hallan presentes en el análisis económico. Es así que las distintas alternativas que han ido desarrollando las formulaciones teóricas que conviven en el marco académico no han encontrado una solución satisfactoria, ni mucho menos unánime, sobre el «problema del método» en el estudio de las relaciones económicas.

Éste es un motivo adicional por el que los distintos estilos de pensamiento económico, y cualquier economista que se encuentre frente a dicho problema, deben acentuar su esfuerzo por clarificar las bases en las que se fundamenta su actividad analítica. Consecuentemente, esta primera parte se sitúa ante la necesidad de atender a ese requisito de clarificación, proponiéndose argumentar cuáles son las ideas en las que se sustentan sus principales proposiciones con relación al análisis económico.

La manera concreta de abordar ese posicionamiento se corresponde con la estructura en cinco capítulos que da forma a esta primera parte. En el primero se muestra la existencia de dos niveles de disparidad que posteriormente se siguen examinando a lo largo de la exposición. [De una parte, la disparidad entre la actividad práctica de los científicos que estudiaban la naturaleza y las codificaciones procedimentales que elaboraban los filósofos de la ciencia en los siglos XVI y XVII. De otra parte, la disparidad entre el contenido epistemológico de las propuestas de los economistas clásicos y el modo de proceder de los científicos de la naturaleza.]

El segundo capítulo expone la continuidad de las líneas de diálogo y de conflicto entre los investigadores y los codificadores de la ciencia, detallando cuáles fueron las respuestas concretas formuladas en el análisis económico. [desde el discurso de las escuelas que alumbraron el pensamiento marginalista, la escuela histórica alemana y el pensamiento marxiano.]

El tercer capítulo examina los cambios habidos en la primera mitad del siglo actual en varios sentidos. De un lado, el alcance que tuvo la fractura del unitarismo teórico que hasta entonces había aportado la visión mecanicista en las principales disciplinas que investigaban sobre la naturaleza. De otro lado, el discurso positivista fue reformulado con planteamientos de gran solidez intelectual que aspiraban a establecer una codificación definitiva del método científico. De otro lado, la tradición económica marginalista modificó su enunciado epistemológico reclamándose del enfoque positivista.

El cuarto capítulo trata de situar el debate sobre el método en las condiciones en las que se ha desarrollado durante las últimas décadas.

[La aspiración positivista-lógica de fijar un cuerpo rígido de normas canónicas fue ampliamente criticada desde diversos puntos de vista, abriendo la posibilidad de plantear el «problema del método» desde perspectivas más complejas y flexibles, pero aspirando a mantener el rigor disciplinario en el trabajo científico. Al mismo tiempo, el reconocimiento de la notable especificidad que presenta la investigación social con respecto a los ámbitos de la naturaleza induce a reflexionar acerca del grado de «cientificidad» que se puede lograr en el análisis de los fenómenos sociales; lo que en modo alguno supone una renuncia a la búsqueda del rigor metodológico en los ámbitos en los que se puede desarrollar su conocimiento científico.]

Conforme a ello, el análisis económico debe dotarse de criterios de procedimiento que permitan formular adecuadamente sus proposiciones teóricas y modélicas para establecer un diálogo empírico con los fenómenos económicos reales. [Cualquier discurso económico que no tenga en cuenta esas exigencias sino que formule sus proposiciones al margen de esa realidad, refugiándose en el autismo, aunque pueda dotarse de una creciente capacidad deductiva formal, sin embargo, carecerá de relevancia para explicar la dinámica real de los fenómenos económicos.]

Finalmente, el quinto capítulo se dedica a argumentar las características del estilo sistémico de pensamiento y sus posibles concreciones en el análisis económico. [Evidentemente la formulación de una propuesta metodológica no constituye ningún aval que garantice *a priori* la consistencia de sus construcciones analíticas. Pero no es menos cierto que la ignorancia, la dogmatización y el oscurantismo con respecto al método son credenciales que difícilmente pueden favorecer el trabajo riguroso, la transparencia de la investigación y el debate entre estilos de pensamiento cuyos presupuestos, líneas argumentales y conclusiones teóricas son diferentes.]

El análisis económico no puede recurrir al método como el protagonista de *La montaña mágica* de Thomas Mann recurría al uso del sombrero «para que uno pueda descubrirse en las circunstancias adecuadas». No puede considerarlo un mero elemento de erudición o un pastiche retórico, sino que «la reflexión sobre el método, en suma, propicia una mayor tolerancia doctrinal sin que ello suponga el relajamiento de los necesarios controles de la consistencia lógica y empírica de nuestras teorías» (Alonso, 1994, p. 9). O, como señalaba Paul Sweezy (1945, p. 21), «las discusiones sobre metodología en economía política, como en otros campos, pueden resultar cansadas y sin fruto; sin embargo, eludir el problema es exponerse a un serio engaño». Por contra, no han faltado los economistas que han solventado el tema con alguna *boutade*, como por ejemplo la expresada por Paul Samuelson, parafraseando a Bernard Shaw: «los que pueden, hacen

ciencia; los que no pueden, charlan sobre metodología» (en Szenberg, 1994, p. 278).

[No obstante, si se considera que la economía es una disciplina cuyo propósito central consiste en aportar conocimientos que permitan una comprensión cada vez más fiable de los fenómenos económicos, no se puede eludir la necesidad de plantearse los procedimientos desde los que se generan y validan esos conocimientos.]

## LA ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA Y EL PROCEDIMIENTO CIENTÍFICO

En este primer capítulo se argumenta la tesis de que la Economía Política surgió durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX como un producto intelectual situado al margen de la actividad que llevaban a cabo los científicos de la época y de las reflexiones que por entonces realizaban los filósofos de la ciencia. Los economistas clásicos crearon así una metodología ciertamente original, que se hallaba alejada de la práctica investigadora de los científicos y de las ideas centrales que se debatían sobre el método científico. [El método apriorístico iniciado por Adam Smith y desarrollado con gran talento por David Ricardo se asentaba en una visión epistemológica que recogía tres influencias principales: *a*) el racionalismo mecanicista consolidado durante la Ilustración; *b*) el encapsulamiento de la economía dentro de una corriente filosófica de inspiración psicológico-moralista, y *c*) una parte de las formulaciones aportadas por la escuela fisiocrática.]

### 1. EL MÉTODO CIENTÍFICO Y LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

#### 1.1. *Los creadores de la ciencia moderna*

Resulta un lugar común referirse a Galileo y a Newton como los fundadores de la *ciencia moderna*, reconociéndoles el gran mérito de haber sido quienes instauraron el *método científico*<sup>1</sup>. La figura cimera

---

<sup>1</sup> Además de otros trabajos específicos que se irán citando y que también se recogen en la bibliografía que figura al final de esta primera parte del trabajo, entre la abundante

de Galileo Galilei quedó encubierta desde las últimas décadas del siglo XVI tanto por sus descubrimientos científicos como por su aportación pionera al procedimiento de la investigación científica. Sus contribuciones en el campo de la astronomía confirmaron la teoría copernicana del heliocentrismo y, en palabras de Cohen (1989, p. 132), proporcionaron «la primera visión real del cielo», mientras que en la física mecánica realizó importantes estudios sobre el movimiento uniforme y uniformemente acelerado, así como sobre la trayectoria del proyectil<sup>2</sup>.

Desde la perspectiva del método, según Cohen, Galileo alumbró «el arte de la ciencia experimental» basado en tres procesos: *a*) la observación, desarrollada principalmente en sus estudios de astronomía mediante el uso del telescopio; *b*) la aplicación de la matemática a los estudios de física, trasladando el análisis abstracto al estudio de los hechos reales observables, y *c*) la experimentación, como mecanismo probatorio de las conclusiones obtenidas a través de la observación y de las deducciones.

La enumeración de esos tres procesos (observación-deducción-experimentación) ya había sido formulada por investigadores y filósofos precedentes, pero la singularidad del método galileano consistió en la ordenación, ponderación y aplicación de dichos procesos. Su decisiva contribución metodológica residió en la ruptura promovida frente al asfixiante mundo aristotélico-medieval, que situaba a la religión como único vehículo de conocimiento verdadero y que atribuía un sentido divino a la totalidad de los actos humanos. Desde ese prisma, Galileo liberó al pensamiento humano de aquella esclavitud ideológica y alumbró el camino del conocimiento científico, basándose, según Gordon (1991, p. 31), en la combinación de la observación objetiva con el análisis teórico racional; o bien, según Estany (1993, p. 61), en la combinación de la matemática con el experimento. En esa medida, Galileo excluía del campo de la ciencia los

---

literatura que existe sobre la Historia de la Ciencia y la Filosofía de la Ciencia, los textos consultados con mayor detalle han sido los siguientes. Sobre Filosofía de la Ciencia: BROWN (1984), CHÂTELET (1976 y 1984), CHALMERS (1984), ESTANY (1993), GORDON (1991), HANSON (1977), LAUDAN (1981 y 1986), LOSEE (1976), OLDROYD (1993), ROSSI (1990) y TOULMIN (1953). Sobre Historia de la Ciencia: BERNAL (1973), COHEN (1983 y 1989), DAMPIER (1972), KOYRÉ (1977), KRAGH (1989), MASON (1984), SERRES (1991) y TARSKI (1972).

<sup>2</sup> Las principales contribuciones que Galileo realizó durante más de medio siglo fueron: el isosincronismo de las oscilaciones del péndulo (1581), los estudios sobre la caída de los cuerpos (1590), las operaciones del compás (1606), el descubrimiento de los satélites de Júpiter y las manchas solares (1610), *El discurso sobre los cometas* (1619) y, sobre todo, *El discurso sobre los dos principales sistemas del mundo* (1632) y *El discurso sobre las dos nuevas ciencias* (1638). Además de la bibliografía citada, véanse también GEYMONAT (1986) y SHEA (1983).

fenómenos que no podían ser medibles, dando origen al método científico moderno que después sería sistematizado por Newton y sentando las bases de la teoría de la ciencia que se desarrolló a lo largo de los siglos XVIII y XIX<sup>3</sup>.

Con posterioridad, quienes adoptaron enfoques de carácter empirista reivindicaron a Galileo como el defensor de la observación en el punto de partida de la actividad científica y de la experimentación como meta de llegada. Mientras que quienes apostaron por enfoques de carácter deductivista le señalaron como el promotor del método lógico, basado en la selección de los rasgos o cualidades de la realidad que son susceptibles de ser analizados cuantitativamente a través de operaciones matemáticas.

[Todo depende del énfasis y del significado que se otorgue al vínculo entre la capacidad observadora y experimental y la capacidad deductiva de los científicos. Así, el «Galileo-lógico» del método hipotético-deductivo de Hempel reduce la naturaleza a lenguaje matemático y comienza su trabajo científico basándose en axiomas a partir de los cuales desarrolla la deducción matemática. O bien, Strengers, en Serres (1991), convierte las tesis galileanas de Koyré en antecesoras de la visión einsteniana, inventando un proceso de observación de los hechos a partir de hipótesis. De ese modo, con el paso del tiempo Galileo se convirtió en baluarte señero de posiciones epistemológicas claramente contrapuestas.]

No menores fueron las controversias suscitadas por la eminente figura de Isaac Newton, quien a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII realizó grandes contribuciones científicas a la vez que formuló una propuesta metodológica no exenta de lecturas diversas. Como señala Cohen (1983, 1989), la contribución newtoniana fue decisiva para el desarrollo de las ramas científicas más consistentes hasta mediados del siglo XIX: *a*) la matemática, basada en el cálculo diferencial e integral; *b*) la astronomía, que unificó la dinámica planetaria bajo la ley de gravitación universal; *c*) la mecánica, que relacionó la fuerza, la masa y la aceleración de un sistema, y *d*) la ópti-

---

<sup>3</sup> Sin embargo no faltan autores, como Pierre DUHEM (*Essai sur la notion de théorie physique, de Platon à Galilée*), que enfatizan el sentido de continuidad de las aportaciones de Galileo con respecto a Grosseteste, Duns Escoto, Guillermo de Occam o Autrecourt, que fueron personalidades destacadas entre los siglos XII a XIV. Al respecto, LOSEE (1976, p. 64) sostiene que la crítica de Galileo no iba dirigida tanto contra Aristóteles y su planteamiento científico (inducción-deducción-inducción), con evidentes parentescos metodológicos, sino contra los abusos pseudoaristotélicos que habían convertido la actividad científica en una teorización dogmática al margen de cualquier base empírica. HANSON (1977) niega que Galileo apostase por la inducción, ya que la importancia que otorgaba a la experimentación no era sino como confirmación de lo que previamente había descubierto a través de la razón.

ca, que aportó el estudio sobre la luz<sup>4</sup>. Como apunta Dampier (1972, p. 278), «Copérnico destronó a la Tierra de su alto pedestal como centro del universo y Newton redujo los fenómenos celestes a la escala de las leyes mecánicas corrientes de la vida diaria».

De otro lado, sus planteamientos metodológicos quedaron recogidos en *Mathematical Principles of Natural Philosophy* (1687) y *Optics* (1704) bajo enunciados matizadamente diferentes según trataba de enfatizar el carácter deductivo o experimental del trabajo científico. En ambos casos, como aclara Losee (1976, p. 103), el nexo principal de su argumentación era el rechazo del método propuesto por Descartes acerca de la necesidad de deducir las leyes científicas a partir de principios matemáticos indudables al margen de la realidad concreta. Frente a esa tesis, Newton perfiló su posición defendiendo un método axiomático desarrollado en tres tiempos: *a*) la formulación de un sistema de axiomas, definiciones y teoremas; *b*) la creación de un procedimiento para relacionar los teoremas con las observaciones, y *c*) la confirmación de las consecuencias deductivas obtenidas. Apostaba así por un método de deducción sistemática capaz de generar estudios sobre regularidades empíricas y proposiciones nomológicas, esto es, leyes causales como las que fundamentaron su física mecánica.

Pero, al mismo tiempo, en *Optics*, Newton muestra un perfil diferente desde el que acentúa la importancia de la inducción experimental, a través de lo que denomina el método de análisis-síntesis: «aunque argumentar mediante la inducción a partir de experimentos y observaciones no es una demostración de las conclusiones generales, sin embargo es el mejor modo de argumentar que admite la naturaleza de las cosas» (Newton, 1977, p. 404). Desde esta perspectiva, según recalca Heisenberg (1967, p. 93), Newton puso frecuentemente a prueba su enorme capacidad de observación de fenómenos reales concretos como punto de partida para estudios de índole más general, dotándose de una tremenda capacidad inductiva para extraer regularidades que le servían para ulteriores desarrollos por deducción matemática.

De esa manera, como sucediera con las formulaciones de Galileo, las puertas quedaban abiertas para ponderar y atribuir significados diferentes a los distintos componentes del procedimiento científico. En un tono suave, la diferencia de acentos encuentra una articulación coherente en la propia práctica científica de aquellas

---

<sup>4</sup> Newton inventó —a la vez que Leibniz— el cálculo infinitesimal (1664), formuló la teoría corpuscular de la luz (1670), creó el primer telescopio con cristal parabólico (1673), a la vez que elaboró los principios de atracción universal (1687), los principios de la óptica (1704) y la geometría analítica (1704).

figuras geniales. Sin embargo, en un tono fuerte, esa diferencia de acentos puede dar origen a líneas argumentales muy distantes o incluso contrapuestas, como se reflejó con posterioridad en las propuestas realizadas por las principales corrientes filosóficas que debatían sobre las características y las condiciones requeridas por el conocimiento científico.

Antes de pasar a examinar esas propuestas cabe hacer una mención a la plétora de investigadores que a lo largo de los siglos XVI y XVII impulsaron, junto con Galileo y Newton, aquella alborada de la ciencia moderna. Además de los grandes logros alcanzados por la matemática<sup>5</sup>, la física se convirtió en el arquetipo de conocimiento desarrollado a través del método científico y el laboratorio pasó a ocupar el lugar estelar de dicho proceso<sup>6</sup>, sentándose las bases para el desarrollo de nuevos campos de estudio<sup>7</sup>. A partir de observaciones directas, o bien de meras intuiciones o de deducciones formuladas a partir de teorías establecidas, sin tomar demasiado en cuenta un tipo determinado de proposiciones metodológicas previamente establecidas, los investigadores inducían, deducían, comparaban y experimentaban mediante la prueba y el error, cosechando sonoros éxitos y estrepitosos fracasos en el desarrollo de sus conocimientos.

---

<sup>5</sup> Siguiendo a BERNAL (1973), COHEN (1989), DAMPIER (1972), MASON (1984), SERRES (1991) y TARSKI (1972), las principales contribuciones del siglo XVI correspondieron a Tartaglia, Cardau, Recorde y Gunter, con sus respectivas aportaciones a la teoría de los números y las medidas, la resolución de ecuaciones de tercer y cuarto grado, el signo igual y la elaboración de las tablas de senos y tangentes. En el siglo XVII las principales aportaciones corrieron a cargo de Neper, Burgi y Briggs, que idearon los logaritmos; Cavalier, Fermat y Desargues, con sus precedentes del cálculo infinitesimal; Descartes y el desarrollo de la geometría analítica, y sobre todo Pascal, con su máquina de cálculo, los estudios de cónicas y el cálculo de probabilidades, junto con la gran aportación de G. Leibniz al cálculo infinitesimal.

<sup>6</sup> Tempranos fueron los avances de Stevin sobre mecánica e hidrostática y, en particular, el de Copérnico con la teoría heliocéntrica. En el siglo XVII llegaron las confirmaciones astronómicas de Kepler y su tesis sobre las órbitas elípticas de los planetas; Boyle con la ley de gases; Pascal con los estudios sobre el vacío, hidrostática, equilibrio de fluidos y otros avances sobre la presión atmosférica, junto con los realizados por Torricelli sobre el barómetro, el comportamiento del aire y el centro de gravedad de los cuerpos. También debe mencionarse a Mariotte, Cassini, Bernouilli y, en un lugar relevante, Huygens con su desarrollo de la óptica a través del análisis de la luz y los fenómenos de reflexión, refracción y doble refracción basados en el movimiento ondulatorio de propagación del éter.

<sup>7</sup> En biología y medicina destacaron los trabajos de Servet y Harvey sobre la circulación de la sangre, Vesalio en anatomía humana, Gessner en la historia animal y Leeuwenhock en el origen de los microorganismos. Los estudios químicos de Val Helmont y Stahl arremetían contra la teoría de los cuatro elementos constituyentes de la materia, aunque la formulación de Stahl sobre el «flogisto» se convirtió –como se detalla más adelante– en un poderoso obstáculo para el avance del conocimiento científico en la química a lo largo del siglo XVIII. En geología, Palissy y Steno aportaron los primeros estudios paleontológicos.

## 1.2. Las codificaciones filosóficas del método científico

La tensión presente tanto en Galileo como en Newton acerca de las relaciones entre la observación, el razonamiento y el experimento encontró respuestas más radicales en el ámbito de la filosofía del conocimiento. Aquello que en los científicos daba lugar a formulaciones diferenciadas según el énfasis puesto en uno u otro aspecto a la hora de trasladarse al campo filosófico originó una polarización de líneas argumentales, que cristalizó a lo largo de la primera mitad del siglo XVII en dos grandes corrientes de pensamiento: la empirista y la racionalista. La influencia de ambas corrientes fue distinta según el ámbito geográfico europeo, ya que las posiciones empiristas arraigaron en las islas Británicas, en tanto que las tesis racionalistas lo hicieron preferentemente en el continente, sobre todo en Francia y en Alemania.

Francis Bacon estableció los fundamentos de la tradición empirista (*Novum Organum*, 1620) rebelándose contra la visión deductivista de las escuelas aristotélicas que habían hegemonizado las ideas sobre el conocimiento humano. Bacon no era un científico e incluso, según Cohen (1989), sentía un claro desdén por los trabajos de Copérnico y Galileo, pero ello no fue óbice para que formulase un planteamiento radical sobre el método científico basado en la observación. A su juicio, la base del conocimiento no puede ser otra que la experiencia según se percibe a través de los sentidos, pudiendo alcanzarse un grado creciente de generalización a través de la inducción, que necesariamente debe ser sometida a la prueba de la experimentación, es decir, del contraste con los hechos observados. Es así que, frente a la especulación que proporciona la lógica deductiva, el método empírico permite obtener un aumento gradual y acumulativo del conocimiento humano, de modo que la razón queda sometida a la realidad de los hechos<sup>8</sup>.

El discurso empirista tuvo un amplio eco entre los filósofos británicos, siendo divulgado y desarrollado por autores tan destacados como John Locke y David Hume, si bien ambos introdujeron matices singulares. A juicio de Locke (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, 1690), no se puede conocer la sustancia ni la causalidad entre las cosas —en el caso de que tales atributos existan en la naturaleza—, puesto que el conocimiento se limita a la observación de los hechos y de las cosas y, por lo tanto, no puede penetrar más allá de la realidad empírica. Ya en el siglo XVIII, ese tono moderadamente escéptico

---

<sup>8</sup> Como señalan Rossi (1990, cap. 3) y QUINTON (1985), el planteamiento de Bacon a favor de la observación sensorial y del experimento resulta bastante menos ingenuo de lo que presuponen ciertas simplificaciones acerca del método empírico.

fue ampliado por Hume (*A Treatise of Human Nature*, 1750), señalando la incapacidad de obtener certezas lógicas a partir de la experiencia, aunque ésta proporcione una reiterada coincidencia en los experimentos, puesto que el grado de verificación siempre será limitado y el grado de inferencia de las experiencias acumuladas siempre estará acotado. En consecuencia, no se pueden efectuar inducciones de carácter general y el grado de conocimiento aportado por la ciencia –a través del método inductivo– es ciertamente modesto.

La otra versión metodológica fue propuesta por René Descartes (*Discurso del método*, 1637), científico de gran valía que efectuó notables contribuciones a la física y la matemática. En las antípodas del discurso empirista, el método cartesiano considera la razón como única y suficiente fuente de conocimiento, capaz de construir certezas verdaderas al margen de experiencias previas y de contrastes empíricos posteriores. En esa medida, como señalan Clarke (1986) y Sorrell (1987), la ciencia estaría formada por principios lógicos y apodícticos, es decir irrefutables, en tanto que el método sería el procedimiento racional utilizado para alcanzar ese conocimiento, siendo las matemáticas (la geometría euclidiana) el instrumento deductivo fundamental para obtener esas certezas absolutas que permiten construir el cuerpo de conocimientos científicos.

Descartes apela a la necesidad de la experimentación en tanto que investigador, pero su discurso teórico orilla tal requisito. Más lejos aún llegarían otros grandes racionalistas de aquel siglo como Leibniz, Spinoza y Hobbes. Wilhelm Leibniz (*Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, 1701) propuso la elaboración de una ciencia universal que diera cuenta de la totalidad de los saberes integrados acerca del universo. Asumiendo un discurso racionalista netamente metafísico (*Monadología*, 1714), sostenía la existencia de un orden natural plenamente armónico y preestablecido por el cielo, en el que las partes mantienen una interdependencia estable y la inteligencia dispone de capacidad para explicar siempre cualquier suceso. Como señala Oldroyd (1993, p. 157), Leibniz pretende «deducir la base metafísica del cosmos a partir de un número reducido de principios supuestamente evidentes en sí mismos y que se pueden conocer *a priori*». En ese sentido, como señala Belaval (1977), en la forma de pensar de Leibniz y de Descartes subyace la idea de que Dios ha creado una estructura lógica tanto en la naturaleza como en la mente humana, de tal forma que el conocimiento no es otra cosa que el despliegue de ese potencial alojado en la capacidad racional de las personas para (re)construir esa realidad externa.

Tanto Leibniz como Thomas Hobbes (*Leviatán*, 1651), amplían al orden social el armonicismo que propugnan para el orden natural, construyendo ambos un discurso plenamente legitimador de las rela-

ciones sociales que dominaban en su tiempo. A la vez, como Baruch Spinoza (*Tratado teológico-político*, 1670), el planteamiento deductivo de Leibniz propone que la utilización de la matemática es el principal instrumento metodológico de que se dispone para crear un conocimiento cierto, si bien lo que en éste deriva hacia una elaboración metafísica de contenido deísta, en el caso de Spinoza deriva hacia un discurso materialista de contenido panteísta que identifica la divinidad con la materia.

De esa manera, en la Europa del siglo XVII fue calando una visión del mundo material que rompía definitivamente con las ideas dominantes durante la época medieval<sup>9</sup>. Aunque expuesta desde códigos epistemológicos distintos, las distintas versiones racionalistas compartían un núcleo fundamental de pensamiento que se consolidaría durante el *Siglo de las Luces*. Tomando en cuenta discursos tan dispares como los de Descartes y Locke, Toulmin (1977, p. 29) expone la síntesis de ese núcleo racionalista en tres puntos centrales:

- Existe un orden natural que es estable y está dotado de armonía y equilibrio, en el que sus componentes establecen unas correspondencias causales a través de relaciones mecánicas.
- Ese orden natural, de carácter físico-material, estático y uniforme, está constituido por un conjunto de partes homogéneas.
- Ese orden natural y material es cognoscible mediante un procedimiento científico, que para unos consiste en el método empírico-inductivo basado en la observación y el experimento, mientras que para otros se trata del método geométrico-deductivo basado en un patrón de certezas absolutas.

### 1.3. *La propuesta económica de los mercantilistas.*

En aquel contexto científico y filosófico en el que arraigaban los principios racionalistas fue donde surgieron las propuestas de Hume,

---

<sup>9</sup> Otra cuestión ciertamente interesante a dilucidar es la que gira en torno a la trascendencia que tuvo esa ruptura creando un cisma entre la cultura científica y la cultura humanística, cada vez más alejadas no sólo en su proceder sino también en su contenido y en su propósito. Como señala C. SNOW (*Las dos culturas*, 1959), la escisión creada desde el siglo XVI estuvo marcada por el esfuerzo y el rigor enfrentados al oscurantismo religioso medieval, pero creó la ficción de que la ciencia se situaba al margen de los valores humanos. Sin embargo, esa cuestión estaba ausente en el trabajo monumental de Leonardo da Vinci, que fue capaz de aunar los saberes científico-técnicos con los artístico-plásticos. Los logros científicos del XVI-XVII darían lugar a grandes descubrimientos, pero no por ello habría que suponer que pierde valor el conocimiento (no científico) aportado por Montaigne, Erasmo, Rafael, Miguel Ángel, Bramante o Durero, seguidos después por Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Velázquez, Rubens o Monteverdi.

Mun, Steuart y demás defensores de las ideas «mercantilistas»<sup>10</sup>. Sus propuestas no conformaron una visión sistemática de la economía de su tiempo, sino que se trataba de una serie de apreciaciones aisladas y de juicios fragmentarios vertidos a lo largo de los siglos XVII y XVIII, que tomaban como referencia la actividad comercial que llevaban a cabo las principales potencias europeas.

Aquellos precursores del pensamiento económico se acercaron a la realidad de su época observando que Holanda e Inglaterra obtenían grandes beneficios a través del intercambio mercantil, pero sus opiniones estaban predeterminadas por una consideración previa. Como señala Pasinetti (1983, p. 12), su axioma de partida era que la riqueza de un país estaba constituida por una magnitud stock, formada por la acumulación de metales preciosos, de manera que el objetivo de la actividad económica debía ser el incremento del intercambio exterior con el fin de lograr una balanza comercial favorable que generase nuevas entradas de oro y plata. De ello deducían que el contenido fundamental de la política económica de los gobiernos debía ser promocionar las exportaciones y dificultar las importaciones para conseguir el incremento del saldo comercial.

Una mención específica merecen las ideas de William Petty durante el siglo XVII. Defensor inicial de las tesis mercantilistas, evolucionó después hacia posiciones fisiócratas pero manteniendo siempre unas posiciones personales ciertamente singulares (Roncaglia, 1980), a través de su análisis sobre las actividades productivas y la introducción de categorías novedosas como el valor, el tiempo de trabajo, el salario y la renta diferencial.

En sus propuestas económicas se deja sentir el método empírico, aportando datos cuantitativos (números, pesos, medidas) como base para el desarrollo de argumentaciones inductivas que, según su pretensión, debían servir para elaborar una economía aritmética. En este sentido, Petty fue un adelantado de las posiciones empiristas aplicadas a la economía y, aunque sus trabajos seguían mostrando un carácter fragmentario, albergaba pretensiones teóricas de mayor alcance que merecieron el reconocimiento posterior de los economistas clásicos, incluyendo entre ellos a Marx.

---

<sup>10</sup> Además de otros trabajos específicos que se irán citando más adelante, los textos consultados sobre historia del pensamiento económico han sido BARBER (1974), BLAUG (1968), EKELUND y R. HEBERT (1996), GORDON (1991), ROLL (1942), SCHUMPETER (1971) y SCREPANTI y ZAMAGNI (1997).

## 2. EL DESARROLLO DE LA CIENCIA Y DE LA VISIÓN RACIONALISTA

### 2.1. *Generalización de la propuesta newtoniana en el campo científico*

A lo largo del siglo XVIII el progreso científico siguió desarrollándose principalmente en el ámbito de la física y la matemática<sup>11</sup>, sumándose a ambas las aportaciones registradas en la biología y la química. Dentro de la química cabe considerar la situación creada a partir de la teoría del «flogisto» de Georg Stahl en la actividad de los investigadores durante casi todo aquel siglo. Stahl, por otra parte científico de indudable valía<sup>12</sup>, matizó la idea de que la materia estaba constituida por cuatro elementos básicos (tierra, fuego, aire y agua) que formaban parte de todos los compuestos existentes. A su juicio, el flogisto era la principal sustancia constituyente del fuego que —siempre en combinación y siempre invisible— originaba el fenómeno de la combustión. A lo largo del siglo, científicos notables como Scheele o Cavendish lograron la descomposición del agua y del aire, identificando como elementos simples el hidrógeno, el nitrógeno y el oxígeno; pero el dominio de la tesis del flogisto les indujo a definir tales elementos como el «flogistón», «aire flogisticado» y «aire desflogisticado», respectivamente.

El vasallaje a la teoría de Stahl perduró hasta las investigaciones de Antoine Lavoisier, de modo que cuando éste obtuvo sus grandes hallazgos, en la medida en que se oponían de modo radical a los presupuestos de aquella teoría, durante muchos años siguió actuando con cautela antes de atreverse a lanzar una crítica contra el flo-

---

<sup>11</sup> La física obtuvo un gran desarrollo en sus distintas ramas a partir de los postulados de Newton. Así sucedió en la astronomía (Laplace, Euler, Lagrange), la mecánica y la electricidad (Coulomb, Bernoulli, Galvani, Euler, Cavendish), el calor y la acústica (Reamur, Celsius, Laplace, Black), y en menor medida la óptica, que se alejó de las tesis de Huygens sobre el movimiento ondulatorio de la luz.

En el campo de la matemática se aportaron nuevos instrumentos de análisis para el avance de las ramas físicas. Cotes y Taylor desarrollaron el campo de las funciones. Euler creó una nueva geometría analítica del espacio y el cálculo de variaciones, desarrolló los logaritmos y los números imaginarios, y contribuyó al progreso de las ecuaciones diferenciales. Lagrange prosiguió esas contribuciones en el cálculo diferencial y aportó la fundamentación analítica y la aplicación del cálculo de variaciones de Euler a la mecánica. La teoría de las ecuaciones algebraicas obtuvo nuevos avances con las resoluciones de Vendermonde, Lagrange y Ruffini.

En la biología, trabajando con métodos netamente empíricos, Linneo clasificó e identificó las especies vegetales y después las animales; Buffon propuso una historia natural de la biología y la zoología; Priesley y Halles desarrollaron la fisiología

<sup>12</sup> En el prólogo a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* Kant citaba a Stahl como «héroe experimental».

gisto<sup>13</sup>. Solamente después pudo reformular los fundamentos de la química como campo científico dotándola de un nuevo lenguaje, una nueva nomenclatura y un contenido netamente experimental, orientado al estudio de las reacciones químicas y de los elementos simples no descomponibles.

## 2.2. *La consolidación del racionalismo*

Immanuel Kant (*Crítica de la razón pura*, 1781; *Crítica del juicio*, 1790) pretendió construir una síntesis filosófica de las propuestas metodológicas deductivas e inductivas que contenían los discursos de Leibniz y Hume, si bien siguió inclinándose hacia las primeras aunque con un sentido racionalista más matizado; la razón seguía ejerciendo la función estelar en la creación del conocimiento, pero su marco de actuación quedaba más delimitado<sup>14</sup>. Kant introdujo la célebre diferencia entre verdades de hecho, a través de juicios sintéticos obtenidos mediante la observación y la experimentación, y verdades de razón alcanzadas mediante juicios analíticos asentados en una actividad intelectual de carácter fundamentalmente lógico. Es así que en su propuesta para reconducir las consideraciones objetivas y subjetivas, Kant plantea que el entendimiento humano hace progresar su conocimiento de la realidad –fundamentalmente– gracias a las verdades proporcionadas por la razón, esto es, a la capacidad lógico-deductiva, logrando así una organización sistemática del conocimiento. Como afirmaba en 1788, en la *Crítica de la razón práctica*, «sólo creemos conocer una cosa mediante la razón cuando tenemos conciencia de que habíamos podido conocerla incluso si no se nos hubiera ofrecido en la experiencia; así conocimiento racional y conocimiento a priori son cosas idénticas» (citado por Guillermit, en Châtelet, 1976, p. 33).

---

<sup>13</sup> Como explican COHEN (1989) y BENSUADE-VICENT, en SERRES (1991; p. 411), ya en 1772, estudiando la combustión Lavoisier había obtenido que el plomo y el estaño calcinado aumentaban de peso, de modo que el flogisto debería tener un peso negativo, lo cual resultaba absurdo a todas luces. Sin embargo, publicó sus trabajos sin presentar esta última conclusión y no fue hasta 1783 cuando se atrevió a negar la existencia del flogisto, sosteniendo que era el oxígeno el elemento activo que estaba presente en fenómenos como la combustión, la calcinación y la respiración. En 1789, al compás de la revolución política que cinco años después le conduciría a la guillotina, Lavoisier presentó su revolución científica (*Tratado Elemental de Química*), donde definió con claridad los conceptos básicos de la química, distinguiendo entre los elementos simples, los compuestos y las mezclas, y aportando un método de análisis que combinaba las prácticas empíricas (medición, observación, experimento) con las deducciones de contenido matemático.

<sup>14</sup> Véanse TONELLI (en BELAVAL, 1977), BENET (1979), CHÂTELET (1976) y MARTÍNEZ MARZOA (1973).

El racionalismo matizado de Kant fue el auténtico protagonista de la filosofía del siglo XVIII, mientras que los avances científicos alcanzados en las principales ramas de la física y los prolegómenos de la biología y la química se basaban en un soporte empírico-descriptivo cada vez mayor, que estaba más o menos avalado, según los casos (astronomía, mecánica, termodinámica), por fundamentos matemático-deductivos que servían para formular hipótesis y desarrollos lógicos en las diversas investigaciones.

El *Siglo de las Luces* supuso el triunfo social de los principios racionalistas dando lugar a grandes progresos científicos y culturales, pero pagando también una significativa factura metodológica cuya alargada sombra se proyectaría sobre los siglos posteriores. Como señala Berlin (1992, p. 25), la Ilustración incorporó una visión racionalista que estaba teñida de varios espejismos. Siguiendo a Descartes, se introdujo la creencia de que existían certezas absolutas, demostradas por la ciencia, de manera que cualquier pregunta siempre podía encontrar una respuesta verdadera que fuera válida para cualquier época y contexto. En coherencia con ello, siempre existe una vía segura (el método) para descubrir esas respuestas verdaderas, aunque en ocasiones su descubrimiento se retrase en el tiempo, como ocurre con frecuencia en el trabajo científico. Por lo tanto, existe un cuerpo homogéneo de verdades absolutas que son compatibles entre sí y que permiten la construcción de cuerpos teóricos unificados a modo de rompecabezas cósmicos.

Ésa fue la línea argumental sobre la que se edificó el «triunfo de la razón», arraigando la creencia profunda de que tanto en la ciencia como en la vida social existe una trayectoria evolutiva de la historia humana con un sentido unidireccional cuya idea matriz es el «progreso humano» desde todos los puntos de vista: científico, social, económico, político, material e histórico. Una idea que, según explica Nisbet (1981), quedó entronizada definitivamente durante el siglo XIX.

### 2.3. *La propuesta económica de los fisiócratas*

La saga de intelectuales franceses agrupados en la escuela fisiócrata (Quesnay, Mirabeau, Turgon, Dupont de Nemours, Pesant de Boisguillebert) destaca particularmente por haber sido la primera corriente del pensamiento económico que elaboró un esbozo de modelo global sobre el funcionamiento de la economía, mediante el esquema formalizado por François Quesnay (*Tableau Économique*, 1758)<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Además de los trabajos citados en la nota 10, véanse KATOUIAN (1982), MEEK (1975) y NAREDO (1987).

Las premisas de su discurso estaban expresadas de forma axiomática y venían claramente determinadas por la filosofía racionalista de la época. Se basaban en la existencia de un orden natural espontáneo de carácter físico-material, al que pertenecía la sociedad, constituido por relaciones causales y estables que funcionaban mecánicamente.

Desde esas premisas, los fisiócratas proponían una interpretación económica de carácter deductivo, sin otro parentesco con las actividades que llevaban a cabo los investigadores de la naturaleza que la referencia ocasional a ejemplos extraídos de las labores agrícolas. Frente a las ideas mercantilistas sobre la riqueza como un *stock* dado y a su preocupación por el intercambio comercial, el análisis de los fisiócratas consideraba que la riqueza era un flujo circular que tenía su origen en el excedente agrícola (*produit net*). Esa circularidad se reproducía en un doble nivel. De un lado, el excedente obtenido por la agricultura se intercambiaba y se distribuía, es decir, recorría un proceso económico –aunque omitían la fase del consumo–. De otro lado, el excedente circulaba entre las tres clases existentes en la sociedad (agricultores, terratenientes y artesanos), de forma que discurría a través de un proceso social.

Elaboraron así una explicación con vocación de globalidad e interdependencia entre los componentes de la realidad económica, mediante un análisis de carácter lógico cuyo contenido remitía a una interpretación abstracta sobre el funcionamiento de la economía, utilizando tres categorías básicas: la producción agraria, las fases del proceso económico y las clases sociales.

### 3. EL MÉTODO EN LA ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA

En el último cuarto del siglo XVIII, el filósofo escocés Adam Smith avanzó una nueva propuesta analítica sobre la economía que resultaba inédita, tanto desde el punto de vista de su metodología como de su contenido, si bien rendía tributo implícito y explícito a otras ideas precedentes. Surgió así la «Economía Política» como un cuerpo analítico sistemático que pretendía explicar las relaciones económicas emergentes en la sociedad inglesa en los orígenes de su transformación industrial. Las fábricas, las máquinas, la producción manufacturera y el intercambio mercantil se convertían en los protagonistas de una construcción intelectual que sería continuada en las primeras décadas del siglo XIX –no sin grandes controversias entre ellos– por autores como Jean Baptista Say, Robert Malthus y, sobre todo, David

Ricardo, que fue quien dotó a la Economía Política de una elevada solidez metodológica<sup>16</sup>.

### 3.1. *Los soportes del método clásico*

Desde el punto de vista metodológico, aquella formidable construcción se asentaba en tres pilares básicos: *a*) las premisas del racionalismo mecanicista; *b*) la asunción de los rasgos fundamentales de una filosofía psicológico-moral, y *c*) la adopción de algunos planteamientos fisiócratas invirtiendo sus fundamentos principales<sup>17</sup>.

Los economistas clásicos situaron en un lugar central de su propuesta las bases del discurso racionalista en torno a la existencia de un orden natural estable y armónico. Como señala Naredo (1987), predomina en ellos un profundo sentido fisicista que convierte a los fenómenos económicos (como los fenómenos naturales) en realidades descomponibles a través de variables que son aislables, cuantificables y relacionables. El carácter espontáneo del orden natural adopta en Adam Smith una formulación ingeniosa: el funcionamiento de la economía se sustancia a través de la actuación del intercambio que realizan los individuos en el mercado, dotando a éste de un automatismo (mano invisible) que garantiza su equilibrio. El orden económico-natural es cognoscible mediante el acceso a las leyes que lo rigen, es decir, a regularidades linealmente causales e inexorables que escapan al control humano y gobiernan la vida económica de la sociedad.

La segunda veta incorporada por el método de los clásicos procedía de las concepciones filosóficas que habían arraigado desde la primera mitad del siglo XVIII de la mano de Bernard de Mandeville (*La fábula de las abejas*, 1729) y Thomas Hobbes (*Leviatán*, 1751) sobre el comportamiento de los individuos y de los colectivos sociales. La conclusión que se derivaba de la fábula de Mandeville era que los vicios privados se convertían en bondades públicas o colectivas, entonando un canto a la libertad individual en favor de esos vicios y de la avidez de gasto de que hacían gala las capas aristocráticas de la época. En el caso de Hobbes, el individuo se convierte en una máquina que funciona a partir de dos principios exclusivos: el apetito de placer y la aversión al dolor.

---

<sup>16</sup> Como señala SCHUMPETER (1971, p. 601) es difícil apreciar un método de análisis en los trabajos de Malthus, amigo y antagonista en múltiples debates de Ricardo, cuyo estilo es menos sistemático, aunque en contrapartida ofrece mayores referencias a la realidad concreta de su tiempo, debido a lo cual sus planteamientos resultan más prescriptivos y menos abstractos y formalizados. Algo similar cabría afirmar de Say en cuanto a la inexistencia de una auténtica línea metodológica que articule su trabajo.

<sup>17</sup> Además de los textos recogidos en las notas 10 y 15, véase DOBB (1975).

Tales planteamientos formaban parte de las enseñanzas que Adam Smith realizó como profesor de Lógica y Filosofía de la Moral durante los años cuarenta y cincuenta en Glasgow, recogidas en su *Filosofía de los sentimientos morales* en 1759. Eran los mismos planteamientos expuestos por Jonathan Bentham en su teoría del utilitarismo (*Introducción a los principios de la moral y de la legislación*, 1780), considerando que el comportamiento de la naturaleza humana (tanto individual como colectivo) es uniforme, de modo que todo cuanto se piensa, se dice o se hace tiene lugar a partir de dos dueños soberanos que rigen su conducta: el placer y el dolor. Así, a juicio de Bentham, la felicidad del individuo y el bienestar social coinciden en la búsqueda del primero y la elusión del segundo (Stigler, 1987). Cuando tales supuestos son asumidos por la Economía Política incorporan al estudio de las relaciones económicas dos nuevas premisas metodológicas:

- El comportamiento del individuo fundamenta el análisis económico de la sociedad, dado que ésta no es más que la mera agregación cuantitativa de la suma de individuos que la integran.
- El individuo contribuye al bienestar de la sociedad cuando actúa por criterios estrictamente personales buscando su beneficio particular, de manera que ese egoísmo personal constituye un bien social y el logro del beneficio privado se transforma en el auténtico motor de la sociedad.

El tercer soporte del método clásico lo obtiene Smith invirtiendo las bases del pensamiento fisiócrata. La Economía Política convertirá a la producción manufacturera fabril en el origen de la creación del excedente económico, donde los fisiócratas habían situado a la agricultura. La Economía Política enfatizará la importancia del intercambio (mercado) donde los fisiócratas sólo veían una circulación física del excedente, de modo que aparece una diferencia entre el precio que los productos adquieren en el mercado y el valor objetivo (natural) que tienen cuando se producen. La Economía Política aportará una interpretación económica sobre la distribución del excedente donde los fisiócratas establecían una descripción física de la circulación del producto agrario.

Como consecuencia de esas tres líneas de ruptura, la Economía Política se aleja de la visión estática que caracterizaba el funcionamiento económico de los fisiócratas, proponiendo una visión dinámica y preocupándose por el crecimiento económico y por la relación que guarda ese crecimiento con la distribución del excedente. Es así que, si bien ambas escuelas hacen gala de una acendrada defensa del orden social vigente, sin embargo interpretan dicho orden de manera

radicalmente distinta, en la medida en que se refieren a contextos históricos y espaciales distintos, como eran la economía todavía fuertemente agrarizada de la Francia del siglo XVIII y la nueva estructura económica inglesa que iniciaba su despegue industrial a finales del siglo.

### 3.2. *La resultante del método: apriorismo*

Desde esos tres soportes metodológicos los economistas clásicos crearon una visión epistemológica absolutamente original para tratar de comprender el funcionamiento de la economía de su tiempo. Esa construcción intelectual, que alcanzó su máximo desarrollo con David Ricardo, no mantenía afinidades significativas con el estilo de trabajo de los científicos naturales, ni con la codificación kantiana del método científico, aunque —como se ha expuesto— sí era claramente tributaria de las concepciones mecanicistas provenientes de Descartes y Leibniz. Es sintomático que ni Smith ni Ricardo reclamasen su vinculación con la actividad científica de su época y que tampoco mostraran interés por buscar analogías con los debates metodológicos de su tiempo.

La presunta adscripción de Adam Smith a los cánones empíricos, o al menos su preocupación por observar el mundo real, es una tesis que en ocasiones ha conducido al equívoco. Se argumenta para ello el propio título de su obra magna (*Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, 1776), así como la descripción de la fábrica de alfileres en la que explica la organización del trabajo y sus consecuencias favorables sobre la eficiencia productiva, o bien las referencias al contexto histórico y social contenidas en su trabajo. Sin embargo, tales descripciones no dejan de ser aspectos marginales en la construcción del análisis smithiano, que quedaron definitivamente disipados en el trabajo de Ricardo (*Principios de economía política y tributación*, 1817).

Siguiendo a Naredo (1987) en su esfuerzo por desvelar el origen de las principales categorías conceptuales utilizadas en economía, resulta ilustrativo del método utilizado por los clásicos el sentido que va adoptando en Adam Smith una noción tan fundamental como la de «el mercado», que será considerada desde tres prismas sucesivos. En primer lugar, Smith toma como referencia la realidad concreta, incluso física, de la actividad de mercadeo, esto es, el lugar y el acto en el que se efectúan los intercambios de productos por dinero entre los vendedores y los compradores. Inmediatamente después se metamorfosea el sentido de esa noción convirtiéndola en una abstracción que da lugar a una formulación axiomática del mercado como un fenómeno económico que está provisto de una lógica propia. Esa modificación conceptual es la que permite desarrollar una argumentación

deductiva que ocupa un doble lugar central en el análisis clásico: de un lado, permite explicar cómo la ampliación cuantitativa del mercado (del intercambio) genera una nueva división del trabajo, conduce a una mayor eficiencia y origina el crecimiento económico; de otro lado, el mercado constituye la representación genérica de un orden económico en equilibrio que dispone de resortes automáticos para reproducir esa condición armoniosa. Una vez realizada esa metamorfosis, siguiendo el modo de proceder de cualquier filosofía idealista, la categoría abstracta del mercado es convertida en una entidad real de modo que el mercado físico adquiere los atributos del mercado ideal, sin que exista prueba alguna para confirmarlo.

De esa manera, lo que en el momento de la argumentación lógica era un procedimiento intelectual después se transforma en una visión distorsionada de la realidad, que alcanza su máxima expresión cuando desde los supuestos de aquel mercado axiomático se proponen actuaciones políticas concretas para el mercado real (*laissez faire*). La realidad queda así mistificada, es decir falseada, y mitificada al atribuir a ese mercado real una capacidad autorreguladora que sólo existe en aquel mercado ideal<sup>18</sup>.

Esta forma de proceder se repite en otros aspectos cruciales del método clásico, como son el comportamiento psicológico y moral del individuo y la consideración de lo social como entidad puramente cuantitativa. El procedimiento se tornará aún más rígido cuando Ricardo construya su pensamiento desde un ejercicio de pura deducción. Formula para ello unos postulados claramente delimitados pero ajenos a la realidad, desde los que desarrolla una poderosa capacidad deductiva para obtener unos resultados que en ningún momento son contrastados con los hechos económicos que acontecen en la realidad. Con gran rigor formal, elabora unas leyes causales que son deducidas de aquellos postulados iniciales, pero carentes de referencia alguna que les pueda vincular con el mundo real, surgiendo así una economía sin historia, sin instituciones, sin tecnología, sin hechos concretos, sin tiempo ni lugar específicos.

Con enorme talento e intuición, los grandes autores clásicos utilizaron ese método apriorístico para elaborar una interpretación del funcionamiento de la economía a partir de la relación triangular establecida entre la creación de excedente, su distribución entre los grupos sociales y el potencial de crecimiento económico, según se analiza en la segunda parte del trabajo.

---

<sup>18</sup> La formulación del mercado que realiza SAY (*Tratado de economía política*, 1803) llega aún más lejos que la de Smith, despojando al mecanismo de intercambio de cualquier relación con el proceso de distribución del excedente y convirtiéndole en el asignador óptimo de los recursos.

Como conclusión, el contenido del capítulo permite señalar que:

- El debate epistemológico entre las posiciones inductivas y deductivas surgió en los orígenes mismos del quehacer científico durante los siglos XVI y XVII.
- El debate se polarizó en torno a los posicionamientos radicales de los filósofos que pretendían establecer una codificación rígida sobre el modo de proceder de la actividad científica, pero no ocurrió así en la práctica de los investigadores que llevaban a cabo esa actividad.
- La visión mecanicista propuesta por el racionalismo ejerció una función decisiva en el desarrollo científico de aquellos siglos, fomentando la aplicación de la matemática a las ramas de la física y de la química, aportando un poderoso instrumento analítico cuyo lenguaje formal permitió una formulación precisa de las leyes de la naturaleza que se iban descubriendo.
- A la vez, esa visión mecanicista introdujo serias restricciones metodológicas derivadas de una comprensión del universo y de la sociedad humana sustentada en el funcionamiento de sistemas mecánicos.
- La Economía Política Clásica se construyó a partir de tres soportes metodológicos: el racionalismo mecanicista, la concepción filosófica de Mendeville y Hobbes sobre las relaciones entre el individuo y la colectividad social, y las aportaciones económicas fisiocráticas cuyas formulaciones básicas quedaron invertidas.
- El método apriorístico clásico, en particular la elaboración de Ricardo, se situó al margen tanto de la actividad práctica de los científicos de su época como de las ideas que defendían las escuelas filosóficas que trataban de canonizar una normativa precisa sobre el procedimiento científico.

## EL ANÁLISIS MARGINALISTA CONVERTIDO EN PENSAMIENTO ECONÓMICO ACADÉMICO

La tesis central que se argumenta en este segundo capítulo afirma que el pensamiento marginalista desarrolló el método apriorístico de la Economía Política Clásica elaborando un tipo de teoría con pretensiones científicas, aunque sus bases epistemológicas eran extrañas a la práctica de los científicos y a la codificación positivista del método que predominó a lo largo de aquel siglo. Se argumenta también sobre la propuesta epistemológica de Karl Marx y sobre las causas que dieron lugar a la institucionalización académica del pensamiento marginalista.

### 1. LA AUTONOMÍA DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

El siglo XIX asistió a un apasionante avance de las distintas ramas científicas dedicadas al estudio de la naturaleza, sirviéndose cada vez en mayor medida de los logros matemáticos<sup>19</sup>. La física registró el

---

<sup>19</sup> A juicio de DESANTI (*Las matemáticas: orígenes de la modernidad*, en CHÂTELET, 1976), a mediados del siglo tuvieron lugar grandes avances que originaron tres fracturas en la trayectoria de la matemática. De un lado, la teoría de funciones se convirtió en el «corazón del análisis matemático». Estudiando la propagación del calor en los sólidos, Fourier llegó a la conclusión de que no todas las funciones se prestaban a ser tratadas al modo de Lagrange, cuya exactitud suponía un canon de seguridad para el álgebra, permitiendo el desarrollo del concepto de integral en una función con infinitos puntos de continuidad. En ese campo destacaron los trabajos del propio Fourier sobre series y ecuaciones de derivadas parciales, junto con los avances sobre funciones de variable compleja de Riemann y el cálculo integral de Cauchy. De otro lado, surgió la teoría de grupos avanzada por Galois, en línea con la idea de Leibniz de crear el álgebra de la lógica. Aunque en el momento de su aparición se presentó como una forma particular de resolver ecuaciones algebraicas, la

máximo desarrollo de los fundamentos newtonianos, llevando a cabo la integración de sus distintos campos especializados<sup>20</sup>. La química y la biología elevaron su estatuto científico merced a la creciente consistencia de sus teorías y a la ampliación de sus ámbitos de especialización, mientras que la geología comenzó su despegue científico a raíz de las aportaciones de Lyell<sup>21</sup>. En todos los campos se fue imponiendo el estilo de investigación que previamente habían trazado las ramas de la física, a través de la aplicación de la mecánica, combinada con un profundo trabajo de laboratorio y un mayor instrumental matemático que permitía la formalización sólida de sus hipótesis, sus proposiciones argumentales y sus conclusiones teóricas.

---

teoría de conjuntos cobró rápidamente autonomía merced a la capacidad vertebradora de sus estructuras abstractas para integrar a distintas ramas de la ciencia matemática. Y, de otro lado, entraron en escena las geometrías no euclidianas, elíptica e hiperbólica, tomando como punto de partida la revisión del quinto postulado de Euclides y pasando a considerar que por un punto pueden pasar infinitas paralelas a una recta dada (Lobatchevski), o bien no existe ninguna paralela a dicha recta (Riemann).

<sup>20</sup> El paso de un enfoque asentado en la mecánica de la materia a otro basado en la mecánica de la energía se produjo a través de las aportaciones sobre el electromagnetismo (Faraday, Oersted, Ohm, Volta, Ampère), la termodinámica (Carnot, Joule, Kelvin, Clausius) y la óptica (Young, Fresnel). Figuras ilustres todos ellos, pero acaso sea James Maxwell quien mejor sintetice la capacidad de los físicos novecentistas, siendo el creador de la teoría del campo electromagnético, mediante un sistema de cuatro ecuaciones que establecía la naturaleza de la luz y su relación con fenómenos aparentemente dispares con el calor y los rayos X, sin desdeñar su contribución a la teoría cinética de gases. Al respecto, COHEN (1989, p. 269) considera este gran avance como uno de los ejemplos más notables de revolución científica en el sentido kuhniano, distribuyendo el mérito entre la formulación inicial de Faraday, el desarrollo teórico de Maxwell y la verificación empírica de Hertz.

<sup>21</sup> Tras el impulso proporcionado por Lavoisier, Dalton formuló en 1805 la teoría atómica, que hasta entonces no era más que una hipótesis especulativa desde los tiempos de Demócrito. Considerando que el átomo era la unidad mínima de la materia, explicó las características de las combinaciones químicas, las proporciones múltiples y los pesos atómicos. A partir de esa teoría, Avogadro formuló su teoría molecular y la ley de densidad de los gases, Gay-Lussac aportó nuevos estudios sobre los gases, Mendeleev y Meyer avanzaron en la clasificación de los elementos en la tabla periódica; Ostwald creó la química coloidal; Whöler, Hannell, Fischer y otros químicos llevaron a cabo la síntesis artificial de la urea, el alcohol etílico, la glucosa y otros compuestos.

En el campo de la biología, destaca singularmente la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies orgánicas, siendo también relevantes los trabajos de anatomía comparada (Cuvier) y de fisiología (Bernard), la teoría celular (Schleiden, Virchow), otros estudios sobre histología (Henle, Reichert, Virchow), los avances en el conocimiento de los microorganismos y la bacteriología (Pasteur, Koch, Barthelot), sin olvidar la enorme contribución de Mendel con sus trabajos sobre la herencia en el reino vegetal, publicados modestamente en 1865 y rescatados por De Vries para el mundo científico de la genética en 1900.

La geología obtuvo sus principios científicos del escocés Charles Lyell en 1833, que rechazó la teoría de los cataclismos y fundamentó con coherencia la tesis de que las fuerzas que actúan sobre la tierra son uniformes, de modo que se han mantenido siempre las mismas. También destacaron las aportaciones antropológicas de Haeckel y Huxley sobre la antigüedad del hombre y los fundamentos de la paleontología (Smith, Broacchi, Brogiant), junto con el gran paso que significó en 1856 el descubrimiento del hombre de Neanderthal.

Paralelamente, la relación científica entre la química, la física y la biología se fue estrechando cada vez más, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, aportando un conjunto de técnicas productivas que se utilizaban para el tratamiento de metales, la construcción de maquinaria, la industria textil, el procesamiento de alimentos y, por supuesto, la propia industria química cuya producción se hizo cada vez más diversa y especializada.

### 1.1. *El positivismo filosófico*

Los derroteros filosóficos poskantianos se orientaron alrededor de tres corrientes básicas, dos de las cuales quedaron circunscritas al espacio alemán mientras que la tercera, a la postre predominante, arraigó principalmente en Francia y Gran Bretaña, aunque con matices diferentes.

En primer lugar, el contenido idealista del racionalismo kantiano se ahondó profusamente con la filosofía de Fichte, Schelling y Hegel, otorgando la primacía absoluta a la «idea», de modo que el sujeto era capaz de edificar conocimiento desde sí mismo al margen de cualquier realidad o fenómeno concreto. Ese planteamiento se situaba enteramente fuera de las preocupaciones científicas de la época. En segundo lugar, en las antípodas, Schopenhauer y después Nietzsche formularon un pensamiento que negaba a la razón la capacidad de ser la fuente de conocimiento que permitiera para tener acceso a los fundamentos de un universo que en sí mismo era una realidad inaccesible al conocimiento racional. Para Schopenhauer, la razón, elevada a los altares por la filosofía idealista, era un instrumento de la voluntad, siendo ésta el principio y el motor suficiente de todas las cosas, el fundamento de todas las representaciones y la verdadera cosa en sí<sup>22</sup>. En consecuencia, esta corriente también se situaba extramuros de la actividad científica de la época.

Desde criterios antagónicos, ambas propuestas filosóficas coincidían en su negativa a aceptar la fundamentación específica de un método de conocimiento científico, que era de segundo orden según los idealistas y que no tenía auténtica capacidad cognoscitiva según la visión irracionalista.

La tercera corriente, el positivismo, surgió precisamente para rescatar ese papel cognitivo de la ciencia del relegamiento o rechazo de las propuestas germanas. Mientras que éstas defendían que el conocimiento se sustentaba en la filosofía, el positivismo sostenía que era la filosofía la que debía quedar subsumida en la ciencia, pues ésta

---

<sup>22</sup> Sobre estas dos corrientes de la filosofía alemana se han consultado los trabajos de MARTÍNEZ MARZOA (1973) y BELAVAL (1977).

era la única capaz de aportar conocimiento verdadero. De esa manera, el positivismo de Saint Simon, y sobre todo Comte (*Curso de filosofía positiva*, 1832; *Catecismo positivista*, 1852), rompía el encapsulamiento en el que se hallaba la ciencia dentro de la filosofía tal y como venía siendo formulada desde el siglo XVI por el racionalismo.

Declarando una hostilidad extrema a cualquier forma de pensamiento distinto (catalogado como metafísico), el positivismo consideraba que los hechos constituían en sí mismos el objeto exclusivo de la búsqueda de conocimiento y que el método empirista era el único procedimiento para acceder a ese conocimiento. Desde esos presupuestos, un gran número de autores positivistas centró su esfuerzo en el análisis social, considerando que la sociedad no era sino una prolongación del orden natural, sintiéndose respaldados por los hallazgos evolucionistas de Darwin sobre *El origen de las especies* (1859) y *El origen del hombre* (1871). A su juicio, ya que el hombre no es más que una parte de la naturaleza y que ésta es cognoscible por presentar regularidades (Ovejero, 1997), existe un único método a través del cual se puede desarrollar el conocimiento científico de los asuntos sociales. En ese sentido, Durkheim propuso el desarrollo de la «física de la sociedad».

Retomando las viejas tesis del empirismo, los positivistas apostaban por un método basado en un «inductivismo ingenuo» que, en palabras de Chalmers (1984, p. 27), se basaba en tres criterios: *a*) la ciencia comienza con la observación; *b*) la observación proporciona una base segura para construir el conocimiento científico, y *c*) este conocimiento se obtiene mediante inducción a partir de los enunciados observacionales. Cualquier aseveración que pretenda ser factual sólo merece ser considerada como científica en la medida en que pueda ser contrastada a través de la experiencia y quede verificada por los hechos observados. El conocimiento científico posible es aquel que describe, ordena y clasifica los hechos, sean naturales o sociales, es decir, el cómo de las cosas, sin pretender entender las causas (por qué) y los propósitos (para qué) de tales hechos<sup>23</sup>.

Manteniendo el contenido mecanicista del racionalismo heredado de los siglos anteriores, el planteamiento positivista quedaba fuertemente teñido de una concepción fisicista y causalista de los fenómenos, defendiendo la existencia de leyes naturales invariables acerca de una realidad material que era enteramente cognoscible. Asumiendo la visión cósmica de Laplace, propugnaba la búsqueda de una ley del movimiento general de la humanidad, haciendo gala de un doc-

---

<sup>23</sup> Además de los trabajos generales citados sobre la Filosofía de la Ciencia, véanse ALONSO (1994), COMTE (1984a y 1984b), GORDON (1991), MARTÍNEZ MARZOA (1973), KATOUZIAN (1982) y KOLAKOWSKI (1988).

trinarismo a ultranza, rayano con los dogmas propios de una religión (en cuya degeneración incurrieron algunos discípulos de Saint Simon).

Sin embargo, ese discurso epistemológico, a pesar de su propio alegato cientifista, no recogía la experiencia aportada por los investigadores que venían trabajando en los distintos ámbitos de la física, la química y la biología novecentistas. Paradójicamente, el contenido científico de una codificación filosófica que reclamaba el trono del conocimiento para la ciencia era ciertamente escaso. Pese a ello, incluso a pesar del sesgo extremista de algunas de sus formulaciones, los positivistas franceses contribuyeron enormemente al despeque del análisis sociológico como una actividad intelectual sistemática cada vez más especializada. Dada la querencia positivista hacia las teorías de Darwin, casi fue inevitable que sus postulados sociológicos derivasen hacia un darwinismo social como el impulsado por Spencer y sus seguidores durante las últimas décadas del siglo XIX<sup>24</sup>, transformando la sociología en sociolatría (Verdenal, en Châtelet, 1976, p. 233).

Una mención específica, siquiera breve, merece la postura de John Stuart Mill (*Sistema de Lógica*, 1843). Seguidor de Hume y positivista plenamente convencido, consideraba la inducción como el único procedimiento auténtico para el desarrollo del conocimiento. Apostaba así por la elaboración de un método apodíctico basado en una lógica inductiva con validez universal para el trabajo científico, e incluso proponía una clasificación canónica para determinar la selección de las hipótesis más apropiadas cuando los fenómenos observados se presentaran en un orden complejo y cambiante (Châtelet, 1976). Sin embargo, como se señala más adelante, Mill pensaba que ese método no tenía aplicación en el ámbito de la economía, dentro de la cual defendía la utilización del procedimiento empleado por Ricardo, aunque el apriorismo y la abstracción de éste entraban en frontal contradicción con el discurso positivista.

## 1.2. *Los «matices significativos»*

Fuera de las corrientes filosóficas del idealismo y el irracionalismo, el predominio del discurso positivista encontró diversas posturas

---

<sup>24</sup> Ese darwinismo social encontró fervorosos discípulos en Estados Unidos, en pleno proceso de industrialización, con unos poderes políticos y económicos que no admitían la más tenue reforma social para aliviar la precaria situación de las capas sociales más desfavorecidas. De la mano de Wells, Sumner y Newcobb penetraron en los ambientes académicos, intelectuales y políticos unas doctrinas absolutamente sordas a cualquier demanda laboral y social.

discordantes<sup>25</sup>. Primeramente, el astrónomo inglés John Herschel (*Preliminary Discourse on Natural Philosophy*, 1830), aunque inductivo y cuidadoso científico, formuló un matiz relativamente ecléctico acerca de la escasa relevancia que a *priori* tenía la elección de un método inductivo o de una conjetura deductiva a la hora de iniciar una fundamentación teórica. Distinguía para ello entre lo que era el «contexto de descubrimiento», para el cual admitía distintas formas de actuación, basadas tanto en la observación empírica como en la presuposición de determinadas hipótesis obtenidas por deducción, y lo que era el «contexto de justificación» de una teoría para el que sí exigía la necesidad de llevar a cabo pruebas experimentales que pudieran validar esas teorías.

En un sentido afín, W. Whewell (*Philosophy of the Inductive Sciences*, 1847) defendía la aplicación de un «patrón de descubrimiento» o proceso de investigación desplegado en tres tiempos. El prelude consistía en la selección de una colección de hechos e hipótesis y en la clarificación de los conceptos a utilizar. La inducción permitía agregar inferencias a partir de esos hechos. La conclusión daba lugar a la consolidación de las inferencias obtenidas. A la vez, sostenía la necesidad de considerar la historia de la ciencia como una disciplina autónoma que no estuviese supeditada a la filosofía de la ciencia.

Una segunda línea estuvo representada por Pierre Duhem (*The Aims and Structure of Physical Theory*, 1906) que cuestionó tres aspectos fundamentales del discurso positivista. En primer lugar, a su juicio, las teorías desarrolladas en cualquier campo científico no están constituidas por elementos (leyes, postulados, hipótesis) que se pueden descomponer como piezas aisladas, sino que generalmente constituyen unidades orgánicas que están formadas por conjuntos de elementos que se interfieren mutuamente. En esa medida, en segundo lugar, no resulta posible la corroboración individual de cada una de las leyes que componen esas teorías, siendo éstas como conjunto las que aportan auténtico valor científico. Consecuentemente, como más tarde sostendría Laudan (1986), la predicción exitosa no despeja la duda sobre la validez de la teoría y la predicción fracasada tampoco descarta dicha validez. En tercer lugar, el método siempre está impregnado de consideraciones teóricas previas, de modo que no existen hechos irreductibles que estén desprovistos completamente de teoría, razón por la que se debe cuestionar el carácter absoluto que concede el positivismo a la prueba experimental.

Como señala Chalmers (1984, p. 53), los enunciados observacionales se formulan con lenguajes y conceptos que se sitúan en el marco

---

<sup>25</sup> Sobre estos autores, véanse ALONSO (1994), CHÂTELET (1976), HARDING (1976), LAUDAN (1986), LOSEE (1976), OLDROYD (1993) y SERRES (1991).

de teorías concretas y son tan falibles como estas mismas teorías que, necesariamente, preceden y se proyectan sobre el modo de observar los hechos y los métodos de experimentación. Expresándolo de otra manera, la presunta objetividad que el discurso inductivo atribuye a la observación y a la experimentación queda cuestionada cuando se constata que no todo el mundo «ve» los mismos hechos, pues cada cual se acerca a ellos desde prelecturas previas, y, además, existe «más» de lo que se «ve».

Una tercera línea crítica provino de la posición pragmática del matemático Charles Pierce, proponiendo que el significado de un enunciado científico sólo se deriva de las consecuencias prácticas que comporta. En el mismo sentido, desde el campo de la psicología, William James defendió que en asuntos de método únicamente cabe considerar la utilidad práctica de las proposiciones que se fundamentan, en tanto que John Dewey, adoptando un concepto instrumental acerca de la razón, filosofó sobre cómo «la verdad y el sentido de la vida están suficientemente explícitos en las consecuencias prácticas» (Oldroyd, 1993, p. 278), sin que se puedan hacer distinciones entre la actividad científica y filosófica.

La cuarta línea crítica correspondió a la tesis convencionalista de Henri Poincaré (*La ciencia y la hipótesis*, 1902; *Ciencia y el método*, 1909). A su juicio, las leyes y teorías son modos de clasificar la evidencia acumulada y se organizan según cánones convencionales que hacen difícil su contraste. Por ese motivo, el conocimiento científico no puede generar verdades o certidumbres absolutas, dado que los hechos estudiados se observan a través de postulados previamente convenidos por la comunidad científica o por la sociedad, no existiendo pues ningún tipo de contraste inapelable a favor o en contra de una determinada teoría.

## 2. PROPUESTAS METODOLÓGICAS EN EL ÁMBITO DE LA ECONOMÍA

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las propuestas epistemológicas surgidas en el campo de la economía se pueden clasificar en tres grupos. Por un lado, buena parte de los economistas británicos siguieron apoyando el método desarrollado por David Ricardo. Por otro lado, surgieron dos posturas discrepantes con dicho método, defendidas por la escuela histórica alemana y por Marx, aunque con fundamentos diferentes entre sí. En tercer lugar, hacia 1870 el pensamiento marginalista construyó un nuevo enfoque que, si bien se basaba en el apriorismo ricardiano, contenía una elaboración teórica radicalmente distinta.

No obstante, en todas aquellas formulaciones se dejaba sentir el clima de la época novecentista, mediante el convencimiento de que había llegado el momento de desvelar los secretos que la naturaleza mantenía celosamente guardados, aportando un conocimiento científico y técnico que proporcionaría al hombre una insólita capacidad de progreso. Parecía como si la humanidad hubiera traspasado el umbral del pensamiento mítico y se dispusiera a lograr un conocimiento verdadero. En ese contexto, como señala Naredo (1987), la ciencia fue sacralizada y pasó a ocupar el lugar que hasta entonces había tenido la religión.

Una especie de «complejo Newton» llevaba a considerar que cualquier fenómeno podía ser explicado a la luz de relaciones causales. El progreso fue beatificado, identificándose con la cuantía de bienes físicos producidos, de manera que los valores económicos y humanos eran considerados como atributos mensurables. La versión eurocentrista formuló una lectura de la historia que situaba al pequeño grupo de países capitalistas europeos como el eje de la evolución social del planeta. El mundo se movía en la senda deseada, tanto para las posturas conservadoras, que aceptaban el discurso de la armonía y el equilibrio, como para las posturas críticas, que consideraban el orden vigente como un trampolín para su transformación hacia un futuro mejor.

### 2.1. *La defensa del método clásico a mediados del siglo*

Aunque hubo muchos otros defensores del discurso de la Economía Política, algunos de los cuales se convirtieron en meros apolo-gistas de un orden económico armonioso y equilibrado, como el francés Frédéric Bastiat y el americano Henry Carey, los economistas que destacaron en la defensa del método construido por los autores clásicos fueron Nassau William Senior y John Stuart Mill<sup>26</sup>.

Senior (*Introductory Lecture on Political Economy*, 1827; *Outline of Science on Political Economy*, 1836) se opuso firmemente al contenido del pensamiento económico de Ricardo, rechazando en su totalidad la teoría del valor y tomando como referencia fecunda la teoría de Say. En cambio, fue un firme defensor del método ricardiano y negó cualquier validez al positivismo como modo de proceder en el análisis económico.

Mill (*On the Definition of Political Economy and on the Method of Investigation Proper to It*, 1836; *Principles of Political Economy*, 1848) llegó a escribir textos importantes apoyando el método positivista,

---

<sup>26</sup> Las consultas de referencia han sido ALONSO (1994), BLAUG (1968 y 1985), KATOUZIAN (1982), MILL (1951) y SCHUMPETER (1971).

considerando que era el único procedimiento adecuado para desarrollar el conocimiento científico. Sin embargo, en el campo de la economía defendió el método de Ricardo alegando que la complejidad del orden social dificulta la posibilidad de llevar a cabo observaciones y experimentos satisfactorios. Ello no fue óbice para que con el paso de los años Mill se fuera distanciando de las teorías ricardianas, e incluso llegara a cuestionar el *laissez faire* que era una de las señas de identidad de los economistas clásicos. Del mismo modo, se alejó de las tesis utilitaristas de Bentham rechazando que la motivación humana pudiera reducirse a criterios de simple interés material y que el egoísmo individual fuese el auténtico motor de la sociedad<sup>27</sup>.

## 2.2. *El empirismo de los economistas alemanes*

Durante la primera mitad del siglo XIX surgió una generación de notables economistas alemanes que tendría su continuidad durante la segunda mitad del siglo formando la *Escuela Histórica Alemana*, cuyos postulados metodológicos reivindicaban el positivismo<sup>28</sup>. El momento histórico marcó decisivamente el discurso de aquellos economistas que vivían en unos territorios –unificados a partir de 1860–, que décadas después iniciaron una fase de rápida industrialización impulsada desde el Estado por el canciller Bismarck. Frente al discurso individualista, liberal y universalizante de la Economía Política, los economistas alemanes apostaban por un enfoque nacional, intervencionista y proteccionista que tomaba en cuenta la situación social, el contexto histórico y los valores morales de su época.

Las diferencias de criterio frente a los economistas clásicos se reflejaban también en el «núcleo duro» de sus propuestas epistemológicas. Frente al método abstracto y deductivo de aquéllos, la escuela alemana defendía el análisis de las situaciones concretas aplicando el método inductivo. A su juicio, únicamente se podían elaborar leyes generales a partir de la agregación de observaciones, hechos y fenómenos parciales. Además, tales leyes sólo podían ser válidas para un período de tiempo y para un espacio nacional delimitados.

La mezcla de pragmatismo, contenido sociopolítico y elaboración analítica dio lugar a un discurso económico original provisto de una clara vocación globalizante, que ejerció una cierta influencia en el

---

<sup>27</sup> Mill también fue uno de los primeros economistas que estableció diferencias entre la teoría económica como «ciencia» y sus derivaciones prácticas como «arte», otorgando la primacía analítica a la primera sobre la segunda.

<sup>28</sup> Se han consultado principalmente ALONSO (1994), BLAUG (1968 y 1985), KATOUZIAN (1982), ROJO (1982), SCHUMPETER (1971) y TAMAMES (1978).

pensamiento de Marx y sobre todo, más tarde, en la tradición institucionalista americana. No obstante, el propio carácter del método histórico-positivo empleado en el análisis imponía restricciones al grado de teorización y de vigencia temporal que podía alcanzar ese discurso, si bien, como señala Rojo (1982, p. 16), en modo alguno cabe hablar de que los economistas alemanes mostraran aversión a la teoría.

Por otra parte, el hecho de considerar a esos autores como miembros de una misma escuela no excluye la posibilidad de encontrar diferencias sensibles en sus respectivos planteamientos. Entre los pioneros, Friedrich List (*Sistema nacional de Economía Política*, 1840) y W. Roscher (*Principios de Economía Política*, 1878) llevaron a cabo una crítica a la Economía Política sin llegar a formular un rechazo categórico, mientras que Hildebrand y Knies opinaban que la economía sólo podía ser una ciencia histórica y presentaban sus propuestas como excluyentes con lo que consideraban que era una teoría errónea, propia de intelectuales escoceses y alejada de la realidad alemana. Entre ambas posturas, Wagner mostró una posición más ecléctica y Schmoller hizo gala de un positivismo más matizado, señalando las limitaciones que ofrecía la observación empírica y considerando la necesidad de obtener leyes causales a través de procedimientos científicos complejos que no tenían por qué limitarse a la mera inducción.

### 2.3. *La «Odisea materialista» de Marx*

Karl Marx construyó su análisis económico desde una cosmovisión de la sociedad y de la historia definida por él mismo y por Friedrich Engels como «materialismo histórico»<sup>29</sup>, tratándose de una doctrina magna, según la expresión de Jones (1979), cuya apuesta metodológica surgió en oposición a la filosofía idealista alemana, pero también en pugna con el racionalismo vigente en el siglo XVIII. Marx se opuso al idealismo hegeliano pero extrajo del mismo su método dialéctico para expresar el movimiento dinámico y contradictorio del proceso histórico, explicando éste a partir de factores materiales, es decir, de forma antagónica a como Hegel construyó su interpretación de la historia. A la vez, en pugna con el racionalismo vigente, la obra marxiana fue trazando simultáneamente ciertas líneas

---

<sup>29</sup> Entre los trabajos consultados, véanse BARBER (1974), BEIRAS (1971 y 1987), BENJAMIN (1971), BERLIN (1992), BLAUG (1968 y 1985), DOBB (1970), ELSTER (1991), FERNÁNDEZ BUEY (1984), GORDON (1991), HELLER (1982), KATOUZIAN (1982), LANGE (1966), MARSDEN (1998), MARTÍNEZ MARZOA (1973 y 1983), MARX (1964, 1968, 1972, 1976 y 1977), ROLL (1942), SACRISTÁN (1979 y 1983), SCHUMPETER (1971) y THOMPSON (1981).

de continuidad (fisicismo del orden social, causalismo lineal, idea del progreso) y otras de ruptura a través del rechazo a la idea de un orden social armonioso, equilibrado y estático, sustituyéndola por la tesis de un orden conflictivo y dinámico al cual aplicó el esquema interpretativo del materialismo histórico.

a) *Metódica marxiana*

Surgió así un pensamiento absolutamente original que mantuvo una tensión permanente a lo largo de su obra con respecto a dos cuestiones nodales: a) la relación entre la ciencia y la filosofía, y b) la relación entre el análisis teórico y la práctica política. De una parte, Marx asume que el estudio de la realidad económica y social debe basarse en un conocimiento científico, sin aclarar explícitamente cuál es el método adecuado para desarrollar esa ciencia. De forma enunciativa parece inclinarse por el procedimiento inductivo, pero, de hecho, todo su pensamiento económico está profundamente impregnado del método ricardiano en el que introduce claros tintes hegelianos<sup>30</sup>. Al mismo tiempo, esa disposición al trabajo científico intenta hacerla compatible con el sentido filosófico que se deriva de su visión histórica, merced a la que —como en Hegel— el devenir de los hechos humanos conduce a un estadio final, que en el caso de Marx es el acceso a la sociedad comunista. En consecuencia, pretende analizar (científicamente) una realidad económica y social en movimiento de la que (supuestamente) conoce cuáles son las claves de su evolución posterior.

De otra parte, Marx aspira a que su análisis económico tenga un contenido teórico cada vez más elaborado, pero el propósito último que anima su trabajo es claramente político-práctico, puesto que su objetivo es el de clarificar esas claves del funcionamiento capitalista con el fin de favorecer la lucha social contra el sistema. En otras palabras, el pensamiento marxiano trata de dotar a su análisis de una metodología que tiene como sentido específico el de servir para la transformación de la sociedad capitalista. Ello da lugar a que ese pensamiento se construya como *kritik*, esto es, como crítica radical al sistema, de forma que son minoritarias —a veces sólo anecdóticas— las referencias efectuadas sobre la sociedad emancipatoria que propugna.

---

<sup>30</sup> Por otra parte, Marx sostuvo una posición equívoca sobre el significado del método empírico, como se muestra, por ejemplo, en sus escritos (fragmentarios) de contenido filosófico, que fueron publicados con el título de *Manuscritos Económico-Filosóficos de París* de 1844. En ellos, tras desarrollar un discurso marcadamente filosófico sobre distintos temas, Marx afirma que «sus resultados han sido alcanzados mediante un análisis totalmente empírico» (1968, p. 48).

Como explica Sacristán (1983, p. 10): «el ideal de conocimiento marxiano incluye una proyección no solamente tecnológica, sino globalmente social, hacia la práctica. Un producto intelectual con esos rasgos no puede ser una teoría científica positiva en sentido estricto, sino que ha de parecerse bastante al conocimiento común, o incluso artístico, e integrarse en un discurso ético –más precisamente que político–, que no excluye la presencia de contenido científico-positivo en la obra de Marx».

Los resultados que se crean a través de esas tensiones entre ciencia y filosofía y entre análisis teórico y capacidad transformadora son ciertamente contradictorios, ya que en unas ocasiones proporcionan fragmentos para un discurso equívoco y en otras iluminan fragmentos intelectuales de gran lucidez intelectual y de validez epistemológica para el análisis económico<sup>31</sup>. Esa ambivalencia late en toda la obra marxiana, haciendo difícil que –desde el punto de vista de una rigurosa actitud metodológica– se pueda tomar una postura unívoca de simple aceptación o de rechazo a las aportaciones marxianas.

#### b) *Grandes equívocos*

Entre los elementos importantes de la obra de Marx que no merecen una consideración favorable, cabe destacar la formulación del «materialismo histórico» como teoría del cambio histórico. Se trata de una construcción endeble y confusa, que por motivos marcadamente ideológicos ha merecido el apoyo cerrado de una gran mayoría de las corrientes marxistas, que han llegado a convertirla en piedra de toque angular del edificio intelectual marxiano.

Cuando Marx y Engels avanzan esa propuesta acerca de la evolución histórica de la sociedad (*La ideología alemana*, 1846), lo hacen en clave filosófica sin disponer de ningún tipo de apoyo empírico ni haber hecho ningún estudio histórico concreto. Según sus propias palabras, la propuesta consiste en «exponer que el proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y la forma de intercambio correspondiente a ese modo de producir, engendra la sociedad civil en sus diferentes fases como el fundamento de toda la historia (1976, p 39). Es así que «lo que los individuos son depende de las condiciones materiales de producción» (p. 16) y «son los productos de sus representaciones y de sus ideas ante un determinado desarrollo de las fuerzas productivas» (p. 21). A partir

---

<sup>31</sup> Podría decirse que entonces Marx se acerca a la exégesis que hizo de él su amigo y maestro Mosés Hess, en carta a B. Auerbach (septiembre 1841), cuando le retrató como «la conjunción de Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel, “unidos, no arrojados en un mismo saco”».

de un momento, en cada sociedad las fuerzas productivas chocan con las relaciones de producción que existen, dando lugar a un cambio social.

La segunda vez que abordan la cuestión del cambio histórico es en 1848, en el *Manifiesto Comunista* y otros documentos breves de la época, mediante los que pretendían alentar el desarrollo de los movimientos sociales y nacionales que se extendían por Europa. Entonces su planteamiento histórico asume una vertiente claramente sociopolítica y aún resulta más escueto: «la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases» (1976, 111). Posteriormente, en 1859, Marx volvió sobre la primera formulación de su propuesta en el célebre *Prefacio a la contribución de la crítica de la Economía Política*, donde en un largo párrafo ofrece una versión marcadamente unilateral, mecánica y determinista de la *Odisea humana*. De nuevo, se trata de una construcción lógica y axiomática que aparece desprovista de fundamentaciones positivas<sup>32</sup>.

Desde el punto de vista lógico, dejando al margen su validez efectiva como interpretación de la historia, existen al menos tres interrogantes no menores que se deberían aclarar para dar coherencia al discurso. Primero: ¿son las fuerzas productivas las que conforman las relaciones de producción y, por ello, las que se convierten en el vector decisivo de la dinámica histórica? La respuesta afirmativa conduce a un discurso netamente economicista, en el que las condiciones de la producción constituyen el factor decisivo de la vida humana y de su devenir histórico. Segundo: ¿son las relaciones sociales de producción las que delimitan el ámbito de desarrollo de las fuerzas productivas? En caso afirmativo, habría que desvelar las vías por las cuales se configuran esas relaciones, pues en ellas pueden influir (hasta llegar a ser determinantes) ámbitos como la política o la cultura. Tercero, ¿si la lucha de clases determina el curso de la historia, ello es de manera permanente en cada período social o sólo cuando estalla la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción? La primera opción podría ser coherente con la respuesta afirmativa al primer interrogante, en tanto que la otra lo sería con respecto al segundo; pero podría haber una tercera lectura que dotase de

---

<sup>32</sup> Según esa cosmovisión ideológica (1976, p. 517): a) las relaciones de producción de una sociedad corresponden a un desarrollo de las fuerzas productivas; b) el conjunto de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad y es la base real en que se sustenta su superestructura (formas de conciencia, artísticas, jurídicas, políticas), y c) al cabo del tiempo, el crecimiento de las fuerzas productivas choca con las relaciones de producción, exigiendo una revolución social para que se produzca el cambio de la base económica. Se trata de un discurso genuinamente hegeliano que presenta a la historia como un proceso de desarrollo autocontenido basado en una dualidad (fuerzas productivas-relaciones de producción) que se despliega contradictoriamente a lo largo del tiempo.

una mayor autonomía al curso histórico y a las contradicciones de múltiples signos que se condensan en cada sociedad.

En cualquier caso, se trata de una formulación que origina debates más allá del análisis económico, si bien dependiendo de las respuestas dadas a «lo económico», este factor podría quedar entronizado como el factor determinante del curso histórico, como han sostenido un buen número de corrientes marxistas, llegando a considerar ese discurso como una teoría científica, lo cual carece de cualquier sentido.

Surge así una confusión, alojada en Marx y abrazada por muchos de sus seguidores, donde la noción de «teoría» deja de ser una propuesta de conocimiento construida mediante un método para identificarse con la tesis de un sistema filosófico. En consecuencia, el resultado que Marx ha obtenido como un producto estrictamente lógico-deductivo, basado en un sistema de creencias (juicios de valor más objetivos deseados), se convierte en un producto real y empírico. Como señala Thompson (1981, p. 258), «cuando Marx y Engels pretendían estar aplicando métodos científicos al estudio de la sociedad, la pretensión podía a veces sostenerse, pero si suponían que estaban fundando una ciencia (el marx-ismo) estaban encerrando en una prisión su propio conocimiento».

Ésa es la peor versión del pensamiento de Marx, en permanente confusión entre lo que es ciencia y lo que es filosofía, defendida por Engels y posteriormente por Karl Kautsky (el marxismo como «ciencia de ciencias»), por la doctrina académica de la Unión Soviética y por autores como Althusser y Lange<sup>33</sup>. Surge así una escolástica doctrinaria basada en un marxismo acartonado y catequístico, que Fontana (1992, pp. 11-12) critica porque supone la petrificación de los conceptos de Marx y proporciona una visión unilateral de la historia, que se codifica como una sucesión unívoca e inexorable de modos de producción, convirtiendo al marxismo en un sistema de interpretación completo y cerrado<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Pese a su autoridad indiscutible en otras materias relacionadas con la economía, resulta difícil comprender por qué se sigue tomando a Óscar LANGE (1966) como referencia teórica sobre el método marxista, cuando no hace sino sostener una de las versiones más vulgares del método marxiano, en la que incorpora las leyes inventadas por los manuales soviéticos, supervisados directamente por Stalin.

<sup>34</sup> Una versión que supone la materialización de los temores de Proudhon cuando advertía al propio Marx: «no nos convirtamos en apóstoles de una nueva religión en nombre de la razón y la lógica» (carta de mayo de 1846). En ese sentido, de poco valen los matices, por otra parte interesantes, que hace Karl Korsch cuando señala que «ante todo es necesario no aferrarse a los modos de decir, a menudo sólo metafóricos, con los que Marx ha descrito las conexiones con la sobreestructura, las correspondencias [...] utilizadas con libertad» (1975, p. 250) y estando «afectado por los rasgos maternos de la vieja filosofía hegeliana de cuyo seno salió» (p. 254). Cita como ejemplo la correspondencia de Marx con

### c) *Grandes hallazgos*

El potencial metodológico que incorpora la obra de Marx se constata cuando se consultan sus trabajos de carácter económico e histórico<sup>35</sup> o el vastísimo epistolario que mantuvo. Sin embargo, no cabe confundirse, pues también en sus mejores formulaciones científicas Marx sigue impregnado de la influencia hegeliana, que incluso rebrota desde mediados de los años cincuenta. Como explica Sacristán (1979, p. 93): «lo más especulativo (hegeliano) conduce a Marx a lo más científico». Surge así una colección de planteamientos de alto interés para el análisis económico, que se puede resumir en los cuatro puntos siguientes:

a) *Una visión globalizadora del orden social que permite formular propuestas analíticas integradoras e interdependientes sobre los principales componentes de ese orden social.* Ciertamente es que Marx trata de resolver la cuestión con una apuesta imposible, cual es su consideración de que esa totalidad social es científicible, es decir, estudiable e interpretable exclusivamente desde el método científico. Sin embargo, a pesar del ofuscamiento marxiano entre ciencia y filosofía, resulta saludable su planteamiento vocacional a favor de esa comprensión global, así como su preocupación por desarrollar un análisis coherente y sistemático (Marsden, 1998), que son señas de identidad necesarias de cualquier método serio de investigación.

b) *La conceptualización acerca de los sistemas económicos y su historicidad.* Excluyendo los excesos provocados por las tesis más rígidas del «materialismo histórico», Marx acierta a definir qué son los sistemas económicos, tomados como totalidades compuestas de articulaciones, por qué son entidades históricas que periclitán y, más en concreto, qué es el sistema capitalista. En ese sentido, los *Grundrisse (Fundamentos de la Crítica...)* y los tres volúmenes de *El Capital* están plagados de grandes hallazgos sobre el carácter sistémico del capitalismo.

c) *Los componentes sociales e históricos que debe incorporar el análisis económico.* Destaca la relación permanente que plantea entre las variables técnicas y las variables sociales a la hora de explicar los hechos económicos, así como el engarce de éstos a través de su géne-

---

Engels para mostrar los matices que aquél introducía: «una determinada forma de producción determina, pues, determinadas formas de consumo, intercambio y determinadas relaciones de esos momentos entre sí. Ciertamente que también la producción, considerada unilateralmente, está a su vez determinada por los otros momentos [...] Hay una interrelación que es lo que ocurre en cualquier todo orgánico» (p. 240).

<sup>35</sup> Destacan entre ellos *Las luchas de clases en Francia, El 18 de Brumario de Luis Bonaparte, Los Fundamentos de la Crítica de la Economía Política* y, por supuesto, *El Capital*.

sis histórica. Ambos aspectos también fueron recogidos en las investigaciones de los economistas de la escuela alemana, pero adquieren una mayor calidad analítica en los trabajos marxianos.

d) *La visión dinámica de la realidad económica.* Resulta sumamente fértil su interpretación del movimiento económico a partir de sus componentes internos (no de casuísticas volátiles o episódicas), a la vez que su explicación de los cambios estructurales es más fecunda y certera que aquella otra que reposa en visiones estáticas o en un evolucionismo meramente gradualista que surge de meras acumulaciones cuantitativas. No obstante, para lograr esa fertilidad analítica resulta imprescindible desprenderse de las dosis más indigestas de rigidez dialéctica y mecanicista que están presentes en el pensamiento marxiano.

En los cuatro aspectos señalados, Marx se separa y supera favorablemente al método de la Economía Política. Con razón le imputa a Ricardo su incapacidad para explicar la naturaleza del capital y de las relaciones de producción, así como el carácter histórico y las características sustanciales del sistema capitalista. Sin embargo, tales críticas no impiden que se puedan apreciar las evidentes líneas de continuidad que la obra marxiana establece con el método clásico a través de la utilización de la deducción abstracta, aunque en Marx aparecen mayores querencias positivistas (al estilo del trabajo de los físicos o los biólogos de la época), así como infinidad de referencias históricas. No obstante, esa pretensión empírica está lejos de materializarse en un trabajo teórico que se someta al dictamen de las pruebas experimentales. La apuesta que se formula en *El Capital* a favor del descubrimiento de las leyes de movimiento de la sociedad capitalista se afronta de manera análoga a como antes lo había hecho Ricardo, a partir de la relación teórica que se establece entre el excedente, la distribución y la acumulación. En la combinación que surge entre las líneas de continuidad y las de ruptura con el método de la Economía Política aparecen los aspectos favorables de la epistemología marxiana para llevar a cabo un procedimiento de investigación que resulte fértil para el análisis económico, tema sobre el que volveremos más adelante.

### 3. LA CONSTRUCCIÓN MARGINALISTA

En un breve intervalo de tiempo, alrededor del año 1871, desde lugares distintos vieron la luz tres trabajos teóricos que contenían un mismo enfoque analítico de la economía. Stanley Jevons en Manchester, Leon Walras en Lausana y Karl Menger en Viena publicaron sendos textos que guardaban una notable coherencia, tanto en el tratamiento epistemológico como en el contenido del análisis económico.